

El año en el que se fue en pijama a la universidad

En todo este tiempo, nunca había visto nada igual.

He presenciado huelgas, manifestaciones y enfrentamientos con la policía. He estado en reuniones de estudiantes en las que se plantearon ideas que cambiaron el mundo, y he vivido protestas por la libertad de expresión, la subida de las tasas o por distintas causas humanitarias y sociales. También he servido como hospital, almacén de guerra, incluso como escenario para batallas campales. Me han hecho pintadas y grafitis, he recibido bombas y balas en varias ocasiones, pero nunca había vivido algo como lo de este año.

Recuerdo que todo empezó el mes en el que la primavera se abre paso por el campus, que es mi momento favorito del año. Las temperaturas habían mejorado y los estudiantes se sentaban en la hierba, bebían botellines de cerveza y dejaban que el sol les diese en la cara. Al principio, solo escuché algunos rumores en los despachos de los profesores, en la barra de la cafetería y en las escaleras de la entrada de la facultad. Hablaban de un virus del que no se sabía nada, que ya se había extendido por otros países y desconocían las consecuencias que podía tener. A medida que pasaban las semanas, se convirtió en el tema principal de conversación.

De un día para otro, todo cambió, como si alguien le hubiese dado al botón de pausa. No veía a ningún estudiante fumando en la entrada, jugando al fútbol o haciendo *footing* por los alrededores. Las paradas del autobús estaban vacías y no había motos ni bicicletas aparcadas en la puerta. Me pregunté qué había ocurrido para que me

abandonasen de esa manera. Dejé de escuchar los saludos y los buenos días, de aspirar el olor del café y el humo de los cigarrillos.

Una sensación de soledad lo invadía todo. Había una tristeza que recorría las aulas vacías, los pupitres abandonados y las pizarras en blanco. Los locales de las asociaciones de estudiantes estaban cerrados y nadie ocupaba las mesas de la cafetería, donde he visto nacer a tantas amistades. El silencio era lo que más me impresionaba, ese silencio que antes estaba lleno de explicaciones, preguntas e inquietudes. Pensaba en las discusiones filosóficas que no se estaban teniendo, las miradas de enamorados o las risas en los intercambios de clase. Recordaba todas las conversaciones que había escuchado en estas paredes, en las que se discutía por la última cuestión política o se planeaba el viaje de fin de curso. Y los bostezos en la clase de las ocho de la mañana, las colas en reprografía, los nervios antes de una exposición y el alivio al salir de un examen especialmente difícil. Tampoco escuchaba las quejas por algún profesor demasiado exigente o las explosiones de alegría al enterarse del aprobado.

Evocaba con nostalgia aquellos días en que los estudiantes llegaban a la facultad con la mochila a la espalda, la carpeta pegada al pecho o el casco de la moto colgando del brazo. Pensaba con un poco de ternura en los alumnos nuevos que andaban con aire perdido buscando su aula, los que hablaban otros idiomas y los que no entraban jamás en el aula, pero a los que siempre se les podía encontrar en la cafetería jugando a las cartas. También echaba de menos al conserje que abría y cerraba la facultad, al personal de secretaría, y al anciano profesor que seguía acudiendo a dar clase. Me preguntaba dónde estaban los que vivían en la biblioteca un día tras otro, y los que no conseguían estar con la cabeza inclinada sobre los apuntes más de unos minutos. Habría dado lo que fuese por oír de nuevo las pisadas de los estudiantes que buscaban un libro en las

estanterías, los susurros entre las mesas o las expresiones apuradas de los que se ponían a estudiar el día anterior al examen.

Hubiese preferido las manifestaciones y huelgas, que siempre dan bastante ambiente. Echaba en falta las asambleas estudiantiles, los días en que los tablones estaban llenos de anuncios y los carteles revolucionarios colgaban en el vestíbulo. Este año no hubo graduaciones —con sus togas, sus discursos y sus birretes—, ni se cantó el *Gaudeamus igitur*.

Los días se sucedían y todo seguía igual. Los pajarillos cantaban sin que nadie los escuchase y los árboles florecían en un campus solitario. Cuando llovía, lo consideraba una forma de llorar. Los únicos que venían a visitarme eran el personal de administración y de limpieza. Me miraban con preocupación y un cierto cariño que me conmovió. Decían que había que ventilarme, dibujar flechas en el suelo, limpiar los pupitres y poner dispensadores de gel hidra alcohólico. Hablaban de cambios en el calendario, de medidas de seguridad y de aforo limitado.

Decidieron que el curso debía continuar y que los alumnos recibirían clases desde sus casas. Yo escuchaba todo con asombro. Se hablaba de términos como «videoconferencia», «plataforma virtual» o «streaming». En vez de levantar la mano, los profesores pedían que los estudiantes «abriesen el micrófono» y, en vez de responder de viva voz, se escribía por el chat. Incluso me enteré de que algunos alumnos estaban en pijama mientras asistían a las clases *online*. Al principio me escandalicé, y pensé qué dirían Santo Tomás de Aquino, Nebrija o el Cardenal Cisneros si levantasen la cabeza. Recordaba a Unamuno, a Ortega y Gasset y otros personajes importantes que siempre acudieron a la universidad con su traje de chaqueta y su corbata. Sin embargo, luego acepté que lo importante era seguir de una forma u otra.

Pasaron los meses y llegó el verano, en el que los rayos de sol se colaban por la ventana e iluminaban las partículas de polvo de las aulas desiertas. En septiembre, sentí una gran alegría cuando volví a escuchar el murmullo de los estudiantes, las conversaciones de los profesores y la vida que se abría paso por las aulas y los pasillos. Todo el mundo llevaba una mascarilla, se lavaba las manos antes de entrar en el edificio y no se daban besos ni abrazos. Aunque solo mostraban la mitad del rostro, veía sus ojos brillantes y sus expresiones de alegría por volver a pisar la facultad. Los profesores parecían contentos de hablar con sus alumnos cara a cara, sin una pantalla de por medio. Entendí que ellos también me habían echado de menos.

Por eso, a pesar de todo lo ocurrido, puedo afirmar que el espíritu universitario sigue presente entre clases *online*, mascarillas y este virus que ha hecho que, después de casi mil años de historia, se pueda ir en pijama a la universidad.

Pseudónimo: Otoño